

Francisco Vicente Aguilera

Manuel Sanguily

Recuerdo ahora, renovando las inefables impresiones de entonces aquellos primeros meses de la insurrección de 1868, en que entre inquietudes, zozobras y entusiasmo ardiente, un grupo de estudiantes de la Universidad que vivíamos en el Colegio "El Salvador", ganábamos la vida en la enseñanza, husmeábamos noticias del campo de la lucha, procurando con proyectos que continuamente fracasaban dejar la Capital, lo que era sumamente difícil y peligroso, para incorporarse a los sublevados.

En aquellos momentos de obscuridad y confusión —porque el Gobierno español cuidaba ocultar o desfigurar los sucesos que ocurrían en el campo— ya circulaba el nombre de Carlos Manuel de Céspedes; pero conjuntamente se mencionaba el de Francisco

Vicente Aguilera como el de uno de los caudillos del movimiento revolucionario. En el rincón retirado de la ciudad en que vivíamos en aislamiento casi completo, esos dos nombres, ahora ilustres y famosos, sonaban en nuestros oídos por primera vez. Después supe que Céspedes y Aguilera hombres influyentes de la región Oriental de la Isla, eran también conocidos y considerados en el círculo de las personas que tradicionalmente conspiraban en la Isla contra la dominación española, y el primero, particularmente, lo era además entre los que cultivaban las bellas letras. Con mucha posteridad pude leer el prólogo escrito por él antes de la guerra, en una edición de las obras en versos de la poetisa Ursula Céspedes de Escanaverino, probablemente parienta suya.

Un mes después, logré tras duras penas salir de la ciudad y desembarcar como por milagro en Cayo Romano, perseguido el barquichuelo en que venía, por el vapor de guerra "Conde de Venadito". Escapamos diez; los otros veintitres compañeros y nuestra misma goleta, que tenía por nombre "Galva-

nie", cayeron en poder de los españoles al cabo de cuatro horas de caza. Al siguiente día estábamos entre los insurrectos del Camagüey los que habíamos podido alcanzar tierra. Por ellos supe que Céspedes era el Jefe de los insurrectos orientales, y que Aguilera como General, se encontraba al frente de los que estaban por entonces empeñados en el sitio de Manzanillo.

Cuando más tarde se sublevaron "Las Villas", la Revolución aparecía dividida en tres gobiernos locales. Extraordinarios esfuerzos se hicieron muy desde el principio para realizar la necesaria unificación, y, por fortuna, culminaron en aquellas sesiones famosas de Guáimaro que dieron por resultado definitivo la constitución de la República Cubana.

Estaba yo presente como expectador en la sesión de la Cámara de Representantes en que se propuso para Secretario de la Guerra y se aclamó con entusiasmo y enternecimiento a Francisco Vicente Aguilera. Como tuvo que incorporarse al gobierno constituido, me fue dado por aquellos días el honor de conocerle. Era un hombre de venerable presencia; vestía sencillamente el traje usual a la sazón, que era poco más o menos el de nuestros campesinos; la barba poblada y larga, le daba un aspecto patriarcal; pero su fisonomía bondadosa y el suave timbre de su voz, revelaban un temperamento sereno y un corazón noble y tierno. Bastaba observarle un momento al lado de Céspedes, para persuadirse de la profunda disparidad de sus caracteres. Aunque Aguilera todavía ostentaba el vigor físico y estaba en la floreciente plenitud de la edad madura, parecía más bien despertar aquellos sentimientos que constituyen el encanto y la dulzura del hogar doméstico o recordaba a los ancianos de la tradición antigua que en medio de la tribu eran guías, padres y amorosos consejeros. En contraste Céspedes, que a más de abogado

1960235

con bufete abierto, era asimismo, como su rival, hacendado y ganadero, traía a la imaginación, por su nerviosa apariencia y recia complexión, y más que nada por el épico atrevimiento de su formidable iniciativa en "La Demajagua", la memoria de los próceres de la primera colonización, de aquel Vasco Porcayo de Figueroa, por ejemplo, en quien se aunaban la ambición, la autoridad y la osadía, para acometer y para fundar, y que eran las mismas cualidades eficientes por las que los atrevidos conquistadores del Siglo XVI acrecentaron con un mundo nuevo el poderío de la monarquía española.

A poco perdí de vista a Aguilera; por un resto de federalismo teórico se había dividido, aunque por breve plazo, el territorio insurreccionado en los que se llamaron "Estados" y él, nombrado Lugarteniente General del de Oriente, se internó por tierras de Bayamo y Manzanillo para dirigir las operaciones militares. Tocóle en suerte una época incierta, difícil y peligrosa para su mando, en que puso como de relieve las cualidades esenciales de su naturaleza moral, —la abnegación y la fortaleza—. Más apenas si recibíamos noticias suyas los que bregábamos en Camagüey: las comunicaciones eran escasas y tardías entre los insurrectos de las tres grandes comarcas sublevadas: y en 1871, cuando todavía arreciaba lá terrible campaña de Bálmaseda en Oriente, creyó conveniente y oportuno el Gobierno revolucionario, enviar a Aguilera con el cargo de Agente General, acompañado de su amigo Ramón Céspedes, a quien se confiara la gestión diplomática, entre los cubanos emigrados en los Estados Unidos.

Dos épocas de la vida patriótica y revolucionaria de Aguilera, son, a mi juicio, el fundamento de su gloria, por haber en ellas revelado la grandeza de su carácter y la energía de su virtud; —cuando en los primeros días del alzamiento noble y sencillamente asumió

el carácter subalterno que las circunstancias le impusieron, sin que el procurase en lo más mínimo contrarrestarlas o modificarlas; y, sobre todo, cuando en la Emigración se vió envuelto en un torbellino de miserias, intrigas y discordias.

Durante muchos años fue su vida, en aquel medio, un continuado martirio en que apuró hasta las heces, el cáliz de la amargura. Esta triste historia está escrita. Una mano piadosa recogió los papeles de Aguilera y lo ha sacado a la luz recientemente, en un libro voluminoso. Su lectura ensombrese el ánimo, sumiéndolo en las más dolorosas cavilaciones sobre el pasado y el porvenir de la gente cubana. Se comprende fácilmente que el editor apenas

ha cambiado la forma primitiva de los documentos; todos ellos componen el libro de Aguilera; el mismo, pues, quien va hablando: cada cosa de los asuntos de que se ocupa, las ocurrencias de todo género, sus diversas opiniones, o sus impresiones de mortal angustia, de desesperación y a veces de agonía. Si la generación que le ha seguido y las que vengan después, leen pacientemente hasta el fin aquel libro, se darán cuenta con horror y con gratitud sin límites, de lo que cuesta, de lo que significa, en sufrimientos y sacrificios la creación de la patria, la transformación de un pueblo, eso que se llama la gloria, y que corona a los hombres buenos, desinteresados y leales, clavándoles en el corazón y en la frente, todas las espinas que brotan al paso de los santos redentores.

Pero es un consuelo, al mismo tiempo, la contemplación de tan suprema bondad y tan excelso y puro patriotismo como el de Aguilera, derramando sus beneficios, a modo de un astro benigno, en medio de pasiones mezquinas y malévolas.

En las postrimerías de la guerra, por comisión análoga a la que él se le encargara en años antes, salimos mi olvidado hermano y yo, del campo de la lucha, rumbo a los Estados Unidos. Abrigábamos la esperanza de volver a ver al venerable caudillo y de estrechar

su mano leal y honrada, pasado tan largo período de tiempo desde la primera vez que le conocimos; pero, llegados a New York, supimos con pena profunda que pocos días antes, al cabo de largos padecimientos, había muerto y para colmo de sorpresa, de dolor y hasta de cólera pudimos cerciorarnos de que el gran patriota y el hombre grande, en los últimos años de su vida, apenas si había sido apoyado por un número exiguo de compatriotas, en sus empeños y su reputación inmaculada; y que a quien, como aquél insigne cubano, representaba la patria toda, por el exclusivismo de sus amigos indignados y por la malquerencia implacable de sus gratuitos contrarios se quiso hacer aparecer, sin saber y sin quererlo el mismo, como Jefe de un minúsculo grupo sin dinero ni influencia, que no era en realidad un partido, sino un puñado de amigos unidos a él, por el afecto y el respeto de la lealtad y la devoción.

No obstante aplacados los enconos y rivalidades rencorosas, alrededor de su féretro se congregaron cubanos y extranjeros en homenaje de inútil y tardía reparación y justicia. Sus virtudes excepcionales, su paciencia, su resignación, su inaudito desprendimiento, la dulzura y distinción de sus maneras, la generosidad de su alma pura, impusieron el respeto y la admiración de la gran ciudad donde había sufrido tanto y acabada de morir. Los americanos conmovidos, quisieron honrarle como él se merecía y colocaron su cadáver en capilla ardiente en la misma Casa del Pueblo.

Sepulto en tierra extraña y hospitalaria durante treinta y tres años por fortuna para la humanidad y para nosotros, no se ha levantado nunca ninguna voz que no se aparta reverenciarlo y bendecirlo; y ahora que vienen sus restos mortales a buscar la eterna paz de las cosas perecederas, bajo la bandera de la República con la que él soñaba y por la cual tanto se afaná y padeció, —al recorrer el largo trayecto que los separan todavía de la ciudad natal, arruinada por la guerra y ennegre-

cida aun por el humo del antiguo y glorioso incendio muchos preguntaran tal vez, quien fue el hombre cuyos despojos promueven tanto respeto y tan universal cariño—, y, mientras aprendan en los libros de boca de los pocos compañeros que le han sobrevivido, la larga y angustiosa historia de su martirio, y lo les diría: —Francisco Vicente Aguilera fue un propietario cubano dueño de comarcas mayores que algunos principados alemanes: eran suyos tres ingenios importantes, sus haciendas apenas se podían contar, quizás ignoraba el número de su ganado y disponía con los derechos del Señor, de grandes dotaciones de esclavos que poblaban su finca de crianza. Todo esto lo abandonó en un instante sin vacilación, para servir la causa de la libertad de su tierra, cayendo él y su numerosa familia de las alturas de la fortuna a la mas absoluta miseria. Recorriendo los países lejanos e implorando a costa de verguenzas y dolores, el dinero de las expediciones, de pertrechos de guerra conque alimentar y fortalecer a sus correligionarios combatientes, muchas veces, el día que llevaba a su pobre habitación de una casa de huéspedes, las manos llenas de oro, no tuvo ni un solo pan para comer, y cubanos y americanos le vieron a menudó, recorriendo a pie las calles de New York, entre la nieve, con los zapatos rotos. Fue así un millonario que mendigaba por la libertad y por la independencia y a. frecuentemente ni comía, más sostenido siempre por su virtud, para honra, orgullo y gloria de su patria. No sé que haya una vida superior a la suya, ni hombre alguno que haya depositado en los cimientos de su país y en su nación, mayor suma de energía moral, más substancia propia, más privaciones de su familia adorada, ni más afanes y tormentos del alma. Merece, como pocos en el mundo, todas las bendiciones de los hombres, y merece, sobre todo, ser ejemplo vivo y eterno, para edificación de los cubanos, en horas como estas de su historia, todavía inciertas y confusas.

OCTUBRE DE 1910.